

si que quiere dejar los vicios y entregarse á la virtud sin dejarse distraer de esta resolucion ni por el ermitaño Pablo ni por ninguna *Lais* vieja, y que su deseo es señalar tambien al mundo sus vicios y excitarlo á cambiar de conducta. Conforme á esta resolucion, su obra, en la cual se amalgaman la historia y la geografía, está sembrada de abundantes reflexiones morales que en muchos pasajes vienen á encubrir la falta de conocimientos científicos del autor, como cuando pregunta á su guía Solino dónde está el paraíso, y contesta este con la descripción de la felicidad é inocencia de los primeros hombres. No por esto deja de tener la obra su parte instructiva. Empieza por el Asia, pasa despues á Europa y trata con predileccion de los lugares famosos en la antigüedad y por tanto venerandos. Al tratar de Francia alaba á Paris, y entre los personajes que introduce hace hablar en francés á un correo y en provenzal á un peregrino, para hacer gala de sus conocimientos lingüísticos. Tambien habla de Alemania, y como buen italiano califica sus habitantes y su género de vida de simplemente bárbaros, lo que no le impide ser justo cuando merecen alabanza, como sucede con los bávaros, cuya fidelidad á su señor y cuya destreza en las armas menciona debidamente, y como erudito deriva el nombre de Turingia de *Duringia, dura tierra*. No puede hablarse de la Alemania de la Edad media sin tratar tambien de las contiendas de los emperadores con los papas, y así sucede á Fazio degli Uberti; mas para no enredarse en esta cuestion, entonces espinosa, se contenta con mencionar al emperador Federico I, y para señalar su primer año de reinado, que era 1152 ó en cifras romanas, MCLII, dice: *In M un C duo I con uno elle*. De Enrique IV dice que fué el primer monarca excomulgado, pero añade que vale mas no profundizar los motivos de la excomunion. No desmiente su carácter de escritor de su siglo al hablar de Aviñon, pues aprovecha la ocasion para criticar á los papas afrancesados que viven fuera de Italia, y de fustigar en general la perversion de todos. Estos ataques están inspirados por el celo religioso mas sincero, de lo cual da el autor muchas é indudables pruebas en toda la obra y especialmente cuando habla de sus visitas á las capillas é iglesias; pero si grande es su respeto y veneracion á la religion cristiana, apenas es menor el amor que profesa á la antigüedad. Por eso se extiende largamente acerca de la ciudad de Roma, y como entonces pudo ver y tocar todavía muchas cosas que despues se desmoronaron y desaparecieron, tiene su descripción cierto mérito arqueológico. Su profunda y patriótica veneracion á Roma, de la cual participaban todos los hombres del Renacimiento, como consecuencia de la rehabilitacion de las letras antiguas, transpira en toda su descripción, en la cual presenta á la misma Roma bajo la figura de una anciana venerable que refiere su historia y explica sus monumentos á los viajeros, «á fin de que veais,—dice,—cuán bella era.»

## CAPITULO VI

## COSME DE MÉDICIS

Entre todos los hijos de Florencia que trabajaron en favor del renacimiento de la cultura antigua en su ciudad natal, figura en primera línea Cosme de Médicis, no solamente como simple colaborador en tan noble empresa, sino tambien como fundador de una raza poderosísima que llevó el espíritu y carácter de la nueva era mucho mas allá de los límites de su reducida patria particular.

El padre de Cosme era Juan Averardi, apodado Bicci, comerciante opulentísimo que gozaba en Florencia, su ciudad natal, una consideracion nada menor que la que se atribuía á un príncipe. Este doble carácter de comerciante capitalista

y príncipe, heredó su familia, posicion híbrida singular que en el mundo solo gozaron los Médicis, no registrando la historia de ningun país otro ejemplo semejante.

Nació Cosme en 1389, el día de San Cosme y San Damian, fué bautizado con el primero de estos nombres, porque *Cosmus*, pues así lo escribía la Iglesia, era nombre cristiano y tenia sonido antiguo, correspondiente al carácter de aquella época. Recibió una educacion científica, pero la naturaleza le destinó al comercio y á gobernar su país. Joven todavia, le llevó su padre al concilio de Constanza, que mas que asamblea religiosa era una asamblea política de representantes de todos los países del globo. Allí empezó á conocer los resortes políticos y sociales que mueven á las naciones, y allí conoció personalmente al papa Juan XXIII, que cuando se llamaba todavia Baltasar Cossa, habia estado ya en relacion con los Médicis, y que declarado destituido por aquel concilio, se fué despues á vivir con esta opulenta familia en Florencia, donde murió. Cosme, en representacion de su padre, cuyas relaciones de comercio eran vastísimas, hizo varios viajes; se casó luego con una condesa de Bardí, cuya familia era muy principal, y cuando murió su padre, en 1429, se puso á la cabeza de su casa y en realidad tambien del gobierno de la república. Tuvo entonces una empeñada lucha con el bando contrario, acaudillado por Reinaldo Albizzi, á consecuencia de la cual fué encarcelado; pero pudo evadirse y no volvió hasta cinco años despues, en 1434, á Florencia, cuyos destinos rigió sin interrupcion por espacio de treinta años, sin que la oposicion constante de sus adversarios llegara á conmover su autoridad. Durante su gobierno, y confiando mas en su diplomacia que en las tropas mercenarias, hizo frente al duque Felipe María Visconti de Milan y al rey Alfonso de Aragon. No podia contar con el apoyo decidido de sus conciudadanos, que se inclinaban, si eran políticos, á favor de Venecia, y por lo general solo pensaban en su comercio, mientras Cosme perseguía, como hombre prudente y calculador, fines mas trascendentales y fijos, como la amistad de los reyes de Francia, que eran primero Carlos VII y despues Luis XI, y la alianza con el soberano vecino, el duque Francisco Esforcia, á quien el gobierno florentino auxiliaba con fuertes sumas de dinero. Hoy parece extraño á nuestro oido el tono humilde y adulator que la república de Florencia usaba en sus cartas á los reyes de Francia, en una de las cuales dice: «El que dude de nuestra adhesion, amor, veneracion, fidelidad y sumision, que dirija una mirada á nuestra ciudad. Los ancianos y los jóvenes, los niños y los adultos muestran el celo con que honran el nombre del rey; porque no hay en nuestra ciudad palacio, ni pórtico, ni teatro, ni iglesia en que no se ostenten pintadas ó esculpidas las flores de lis ú otros distintivos reales. En nuestro concepto seria no solamente una ingratitud sino un crimen y una iniquidad favorecer á los que se oponen á los deseos del rey que tan bien nos quiere.» En otro documento se lee esto: «La naturaleza ha implantado esta veneracion en el corazon de todo florentino; de suerte que mientras el nombre de Florencia no desaparezca de la tierra, nuestros corazones rebotarán de afecto perdurable á aquella casa triunfante, á su honor, gloria, lustre y aumento, y siempre tendremos la vista fija en ella como nuestro único recurso, consuelo y esperanza.»

Este lenguaje, que hoy calificamos de rastrero, no era entonces la expresion de los sentimientos verdaderos de los florentinos, como no lo ha sido nunca ni lo es hoy ningun documento diplomático de los sentimientos verdaderos del gobierno que lo firma, sino el lenguaje convencional de la diplomacia, especialmente en las pequeñas repúblicas italianas, que como los demás Estados de la península entablaban

relaciones y firmaban pactos y alianzas con potencias extranjeras sin consideracion alguna al bien ó al mal de la patria general, la Italia. Cosme comprendió el mal y rechazó así la alianza con Francia como los favores de sus gobernantes cuando podían comprometer la accion de la república, como rehusó igualmente el obsequio que le hizo el rey de Francia autorizándole y á toda su familia á llevar en su escudo de

armas las tres flores de lis de oro en campo azul. Sin embargo, de esta distincion honorífica se enorgullece Lorenzo de Médicis en sus memorias (*Ricordi*) del año 1465, en cuya época ya habia muerto Cosme.

No fué tan fuerte y sabio Cosme respecto de otras preocupaciones de su tiempo, y en el interior gobernó á ejemplo de los demás tiranos y tiranuelos que dominaban y reinaban



Cosme de Médicis figurando como rey en el cuadro de Sandro Botticelli (1447-1515): «La adoracion de los Reyes Magos», que se conserva en los *Uffizi* de Florencia

en Italia, por cuya razon tenia tambien enemigos que le odiaban, y un embajador en su corte escribió á su gobierno: «Su enfermedad envalentona á sus adversarios.» No se burlaban de él cuando gozaba de salud, porque no era hombre capaz de retroceder ante medida ninguna, incluso el asesinato. Por un lado abrumaba á los ricos con impuestos tan excesivos que Guicciardini los llama «puñales que matan;» mataban, en efecto, como lo prueba el caso del celeberrimo Giannozzo Manetti, del cual ya se hablará, que quedó reducido poco menos que á pedir limosna despues de haber sido

rico. Por otro lado, favorecia desmesuradamente á sus parciales y privados, como Lucas Pitti y Neron Capponi, que eran los principales, y hasta colocó á personas enteramente extrañas é insignificantes, con tal que le fuesen adictas, en los empleos mas elevados, por supuesto, por medios indirectos, porque conservó en apariencia la forma republicana dejando que el pueblo eligiera ó nombrara los funcionarios del gobierno. Un rico tonto, nombrado para un alto puesto, pidió á Cosme consejo sobre el modo de conducirse en su empleo, á lo cual le contestó lacónicamente: «Viste bien y habla poco.»

Era este Médicis vivo, acertadísimo en sus contestaciones y mordaz cuando convenia, aunque en el fondo era hombre serio, enemigo de juegos y diversiones frívolas, á lo mas se distraia con el ajedrez; pero no admitió en su corte bufones ni juglares. En cambio fué protector apasionado y poderoso de las artes y ciencias, y sobre todo de la arquitectura. Construyó palacios grandiosos y gastó sumas enormes en obras de arte, con las cuales adornó pródigamente su quinta de recreo, Careggi. Sus arquitectos principales eran Michelozzo y Brunelleschi. Vespasiano Bisticci, que le conocia íntimamente, dice en sus escritos que Cosme era doctísimo y que conocia á fondo los autores latinos, tanto los antiguos clásicos como los cristianos. Un magnate tan poderoso, instruido, activo y conoecedor y amante de las letras no podia menos de desear poseer una biblioteca, y en efecto, encargó su formacion á su secretario y desde entonces bibliotecario Tomás Parentucelli, que despues fué el papa Nicolás V. No habiendo medio de adquirir manuscritos por compra, hizo copiar las obras que Parentucelli le indicó, antes de cambiar su puesto por un obispado, y á este fin destinó 45 escribientes dirigidos por el ya citado Bisticci. Con este auxilio reunió en 22 meses 200 volúmenes, entre los cuales se encontraban las Concordancias bíblicas con sus comentarios, las obras de los padres de la Iglesia griegos y latinos, á saber, Orígenes, Ignacio, Basilio y Gregorio, los de la Edad media, Santo Tomás de Aquino y Alberto Magno, los filósofos antiguos, como Aristóteles con sus comentaristas, una coleccion selecta de poetas latinos, oradores é historiadores griegos y romanos, y además las obras de autores modernos, aunque al lado de las elegancias de Valla estaban Papias y Ugutio, como si no separase á estos autores el abismo de unos cuantos siglos.

Cosme de Médicis hizo con su ejemplo lo que nunca habrian conseguido todos los humanistas con sus sermones altisonantes, á saber, vencer la aversion y altanero menoscupio que se tenia á los nuevos estudios. Auxiliáronle en esta empresa, con celo, constancia y entusiasmo muchas personas distinguidas; Roberto de Rossi copió manuscritos y tradujo otros, entre ellos algunos de Aristóteles; Palla de Strozzi se dedicó al estudio de la literatura antigua á instancias del que despues fué el papa Nicolás V, y era entonces secretario de Cosme de Médicis; Leonardo de Dati y Lapo de Castiglionchio cooperaron tambien á extender y robustecer el movimiento, y al último se debe, entre otros trabajos, una traduccion de Plutarco. El adversario político de Cosme, Reinaldo Albizzi, no quiso quedarse atrás; se esforzó por competir con él tambien en el terreno literario, y para hacerle la guerra copió de su mismo puño el libelo escrito contra él por Filelfo. Hay que advertir, en honor de Cosme de Médicis, como ya se habrá comprendido, que no se rodeó de literatos y hombres de ciencia para deslumbrar á la multitud y adquirir fama de protector de las artes y letras, ni para distraerse de sus tareas gubernativas y particulares, ni para hacer estudiar á otros y aprovecharse de sus trabajos intelectuales, sino como uno de tantos que, no obstante su posicion elevada querian ser admitidos por la gente docta como colegas dignos por sus conocimientos y estudios, y que como mas ricos se consideraban muy honrados con proteger materialmente á los que se dedicaban á trabajos artísticos y literarios.

El amor de Cosme de Médicis á la literatura antigua no le impidió, como tampoco á la mayor parte de sus contemporáneos, que fuera cristiano ferviente, de lo cual le gustaba hacer gala en todas ocasiones; y entre otras pruebas tenemos el cuadro de Sandro Botticelli que representa la adoracion de los Reyes Magos, uno de los cuales, el que hace la ofrenda, es el retrato del mismo Cosme de Médicis. Tambien

se servia á menudo, y principalmente en ocasiones solemnes, de pasajes bíblicos, porque además de la fe interior, le convenia estar bien con Dios y la religion, porque estaba convencido de la intervencion directa de Dios en los sucesos. Así dijo un dia, cuando estaba enfermo, á un embajador que escribiera á su soberano las mismas palabras que dijeron María y Marta á Jesus: «Lázaro está enfermo.» Este mismo embajador, obedeciendo á la moda, escribió á su gobierno en otra comunicacion, aludiendo á Cosme: «Actualmente está muy duro el corazon del Faraon.» En otra comunicacion dice el mismo diplomático hablando de Cosme, que le habia oido decir que una de las mayores contrariedades que tenia en esta vida era ver que Dios daba tan larga vida á las personas viciosas y depravadas; pero que luego se consolaba con el dicho de César y Salustio de que la tardanza del castigo estaba compensada por una pena mayor. Finalmente mostró su religiosidad con la construccion de iglesias, conventos y otros monumentos religiosos y benéficos, no solamente en el territorio de Florencia sino en el extranjero, para las colonias florentinas de Paris, Constantinopla, etc.

Murió el 1.º de agosto de 1461, en paz consigo mismo y satisfecho de su familia y de sus trabajos, como tambien lo estuvo su país, que por decreto solemne honró su memoria llamándole «padre de la patria.» No menos honroso fué el recuerdo que le dedicó Marsilio Ficino en una carta que escribió á su nieto Lorenzo: «Hombre prudente mas que ninguno, poseido del temor de Dios, justo y generoso para los demás, sabio y moderado en su persona, activo en sus negocios propios, pero mas activo á la par que mas previsor y mas mirado para los públicos, no vivió solo para sí sino tambien para servir á Dios y á su patria. Nadie le ganó ni en humildad ni en magnanimidad. Por el espacio de doce años he tenido con él conversaciones filosóficas y he podido admirar su sagacidad en la discusion como su sabiduría y vigor en los actos. Mucho debo á Platon, pero otro tanto debo á Cosme; este me hizo practicar las virtudes que aquel me habia demostrado. Era avaro del tiempo, como Midas del oro; contaba los dias y las horas y hasta se lamentaba de los minutos perdidos. Despues de haber encontrado en los asuntos graves que le ocuparon durante toda su vida, tiempo para dedicarlo á la filosofía, se consagró á esta mas que nunca, siguiendo el ejemplo de Solon, en los últimos dias de su vida, cuando se aproximaba el momento de pasar de las tinieblas á la luz; porque bien sabes, ya que estuviste presente, que poco antes de espirar leyó conmigo el libro de Platon: «El principio único de todas las cosas y el sumo bien,» como si estuviese seguro y á punto de ir á disfrutar este sumo bien de que Platon le hablaba.» El autor de este recuerdo fué uno de los literatos mas notables que rodearon á Cosme de Médicis; Niccoli, Mannetti, Traversari, Marsuppini, Bruni y Poggio eran otras notabilidades del mismo círculo.

Nicolás Niccoli vivió desde 1364 hasta 1437. Habia sido educado para el comercio, al cual pertenecia su padre, pero muerto este, siguió el hijo su inclinacion á los estudios y á las letras, y dedicó el gran caudal que su padre le habia dejado al fomento del saber, ocupando á jóvenes estudiosos y enviando viajeros á recorrer tierras para reunir manuscritos y antigüedades. Así fué que á su muerte pudo dejar 800 documentos y libros manuscritos, entre los cuales y los objetos de arte, le gustaba pasar su tiempo. Estético en todo, le gustaba vestir y comer bien, tanto que admiraba verle vestido de blanco, entre sus libros, ó en la mesa, hecho todo un sabio antiguo, segun dicen en sus escritos sus amigos Gianozzo Mannetti y Vespasiano de Bisticci. Era excelente hablista, segun estos y algunos otros autores, por los cuales tenemos noticias de Niccoli, porque si bien escribió, no pu-

blicó nada por no gustarle sus propias obras, que por esto no han llegado á la posteridad. Otros escritores le pintan con colores muy negros y rudos, como Leonardo Bruni que le dedicó una obra suya: «La vida de Ciceron,» en cuya dedicatoria le dice: «¿A quién podria yo dirigirme mejor que á tí, que tienes conocimientos en la literatura latina como pocos?» Despues, sin embargo, dijo de Niccoli que en su vida habia sido capaz de hacer dos obras latinas por no saber el idioma, por necedad y por su genio corrompido por el libertinaje. En todo esto hay sin duda algo de envidia de la cual tampoco estaba exento el mismo Niccoli, que criticó violentamente á aquellos sabios que podian hacerle la competencia como núcleo protector de las letras y de las artes, porque decian de él: «Quien no ha estado en casa de Niccoli no ha estado en Florencia.» Siempre estaba rodeado de una corte de jóvenes deseosos de aprender y hacerse famosos, y cuando le faltaba esta corte, iba á reclutar los estudiantes holgazanes en sus diversiones y hacia de ellos hombres laboriosos y aprovechados.

El estudio de los antiguos no era entonces lo que es hoy, sino mas mecánico, superficial y dirigido, sobre todo, á descifrar los manuscritos y al conocimiento del texto, y así lo entendió Niccoli, por cuya razon solo tenian mérito para él los poetas, historiadores y oradores romanos de la antigüedad. Alcimo Avito, poeta cristiano que murió por el año 523 y Casiodoro, historiador, gramático y diplomático, que murió por el año 570, escribieron, segun Niccoli, solamente ensueños que un sabio mediano no deseaba ni aun leer. En cuanto á los autores mas modernos los miraba con desprecio. Del idioma italiano decia que su cultivo perjudicaba á los genios educados en el estudio de los clásicos, y á él se puede atribuir una buena parte de la aversion que en el siglo xv tenian tantos humanistas, incluso muchos florentinos, á Dante, Petrarca y Bocaccio, no porque no hubiesen llegado á la altura de los clásicos, sino porque habian perjudicado con sus obras, escritas en italiano, la gloria insólita de las obras latinas. De Dante dijo Niccoli que el que no sabia latin no podia ser poeta, de Bocaccio apenas trató, y despreciando á Petrarca solia decir que ya sabia que esto era peligroso. Calificaba el poema épico «Africa» del Petrarca, de raton, parto de una montaña (*ridiculus mus*) despues de grandísimos dolores; en su poesía bucólica nada encontraba pastoril, y decia que sus discursos carecian completamente de retórica. Haciendo un paralelo entre Virgilio y Petrarca afirmaba que el primero habia puesto en claro hombres y cosas oscuras, mientras el segundo habia desfigurado al personaje mas conocido, á Escipion Africano.

En una cosa solamente estaba de acuerdo con el poeta laureado, á saber, en que los estudios debian ir unidos á la religion; porque si bien Niccoli creyó en augurios y predicciones, fué devoto, defendió la inmortalidad del alma y murió como buen cristiano, haciéndose decir la misa por un padre Ambrosio en un altar arreglado en su cuarto de dormir. Allí se hizo leer las cartas del apóstol San Pablo y pasó el resto del tiempo conversando con los que tenia cerca sobre cosas edificantes.

El biógrafo de Niccoli, Juan Mannetti, que vivió desde 1393 hasta 1459, fué el ideal del empleado íntegro, por índole, religiosidad y conviccion. Fué gobernador en diferentes territorios pertenecientes á la república de Florencia, y como tal le tocó desempeñar muchas misiones ingratas y penosas, teniendo que luchar con poblaciones impacientes por sacudir el yugo florentino y exponiéndose á perder las simpatías de sus gobernados, como igualmente las de sus superiores, probablemente por su misma integridad, imparcialidad y proceder recto. Pero á pesar de esto, fué tan bien visto de

todos que cuando espiró el tiempo fijado y le tocó ser relevado, los interesados solicitaron generalmente su continuacion en su puesto, ya cuando no aceptó le mostraron su agradecimiento con preciosos regalos. El mismo buen éxito tuvo en las misiones diplomáticas que le encargó el gobierno de Florencia en Venecia, Roma, cerca del rey de Nápoles y otras, en todas las cuales procuró, con celo y excelentes resultados, solo el bien y el honor de su patria, declinando constantemente toda distincion personal que los otros gobiernos le ofrecieran. Su prevision sagaz y acertada le valió ser llamado profeta, y su elocuencia y habilidad diplomática le dieron grandísima celebridad. A una erudicion literaria inmensa unia una memoria tan asombrosa que podia pronunciar de improviso largos discursos henchidos de citas de autores, en lo cual consistia, para la gente instruida de entonces, la erudicion; y á estas ventajas, que deslumbraban á su auditorio, juntaba una facilidad de expresarse en latin y en italiano, una elocuencia tan vigorosa que asombraba á todo el mundo y solia conseguir su objeto. El latin le era tan familiar que en esta lengua solia hacer los borradores de sus discursos, tanto latinos como italianos. Baste decir que impuso con su oratoria al mismo papa Nicolás V, erudito y literato como pocos.

Mannetti, hombre político activo, amante de la lengua y literatura italianas y de sus representantes, sin perjuicio de la lengua y autores clásicos, era todo lo contrario de Niccoli, epicúreo refinado y retirado de los negocios para mejor regalarse la inteligencia y los sentidos, enemigo y despreciador acérrimo de los autores que escribian en italiano, mientras Mannetti escribió en ambos idiomas y aun las biografías apologeticas de las tres columnas de la literatura italiana, Dante, Petrarca y Bocaccio.

Estos dos varones, Niccoli y Mannetti, solo se parecian en su fe y su respeto á la religion católica. La religion cristiana, solia decir el último, no necesita la fe, porque es evidente por sí; la doctrina de la Iglesia es un axioma. No obstante, si para él era axiomática, no lo era para todo el mundo, y para mejor convencer á los que dudaban, analizó los libros sagrados y los de los mas famosos teólogos, á cuyo fin estudió el hebreo. Escribió contra los judíos, como contra los demás incrédulos; tradujo los salmos y defendió los principios que le guiaron en la traduccion. En medio de tantas y tan graves ocupaciones oficiales y particulares, supo encontrar tiempo y aficion para escribir serias disertaciones teológicas sobre cuestiones nimias, como la de si los niños que mueren sin bautizar van á la gloria, siendo la opinion de Mannetti en este punto decididamente negativa, puesto que el mérito de Cristo no podia ser eficaz para quien no habia recibido siquiera el primer sacramento.

Ambrosio Traversari vivió desde 1386 hasta 1439; se hizo fraile y llegó en 1431 á ser general de la órden de los camaldulenses. Esta posicion influyente le permitió mezclarse en la vida pública y muy particularmente en importantes asuntos de la Iglesia, sin que esto le distrajera del gobierno severo de su órden, de extirpar abusos en sus conventos y restablecer la devocion, muy relajada en ellos. En lo demás no tenia principios fijos; la severa doctrina cristiana, el vigor monacal luchaban en él con la aficion á los autores gentílicos y á las letras en general. Excitó al papa á realizar reformas, y al propio tiempo, llamaba al concilio reformador de Basilea la Babel del Occidente y á sus miembros *monstruos irracionales*, mientras se atribuia la mayor parte del mérito de los resultados capitales del mismo concilio, como la union de las dos iglesias, la romana y la griega cismática, y otros. Era persona de mucha erudicion; sabia el griego, y reunió una biblioteca respetable de obras manuscritas de autores

griegos profanos, de las cuales adquirió solo en Venecia, 238; de suerte que era una autoridad en estos ramos, y sin embargo, no cesaba de tener escrúpulos de conciencia y se preguntaba si la lectura de los autores gentílicos podía hacerle perder la salvación eterna. Delante del papa era el fraile humilde que había renunciado al mundo, pero en su celda soñaba con grandes honores y probablemente con la púrpu-

ra cardenalicia. Jefe y administrador concienzudo de su orden, visitó é inspeccionó con minuciosidad los conventos de su jurisdicción, tomando en su diario nota de todo, sin omitir, por supuesto, el estado de las bibliotecas. Era purista en todo y no sufría la mas leve falta de lenguaje en la correspondencia, en los informes y otros documentos escritos en latin, pero se disgustaba cuando en algun escrito se le es-



Sepulchro de la familia Marsuppini en Santa Cruz de Florencia, labrado por Desiderio de Settignano (1457-1485)

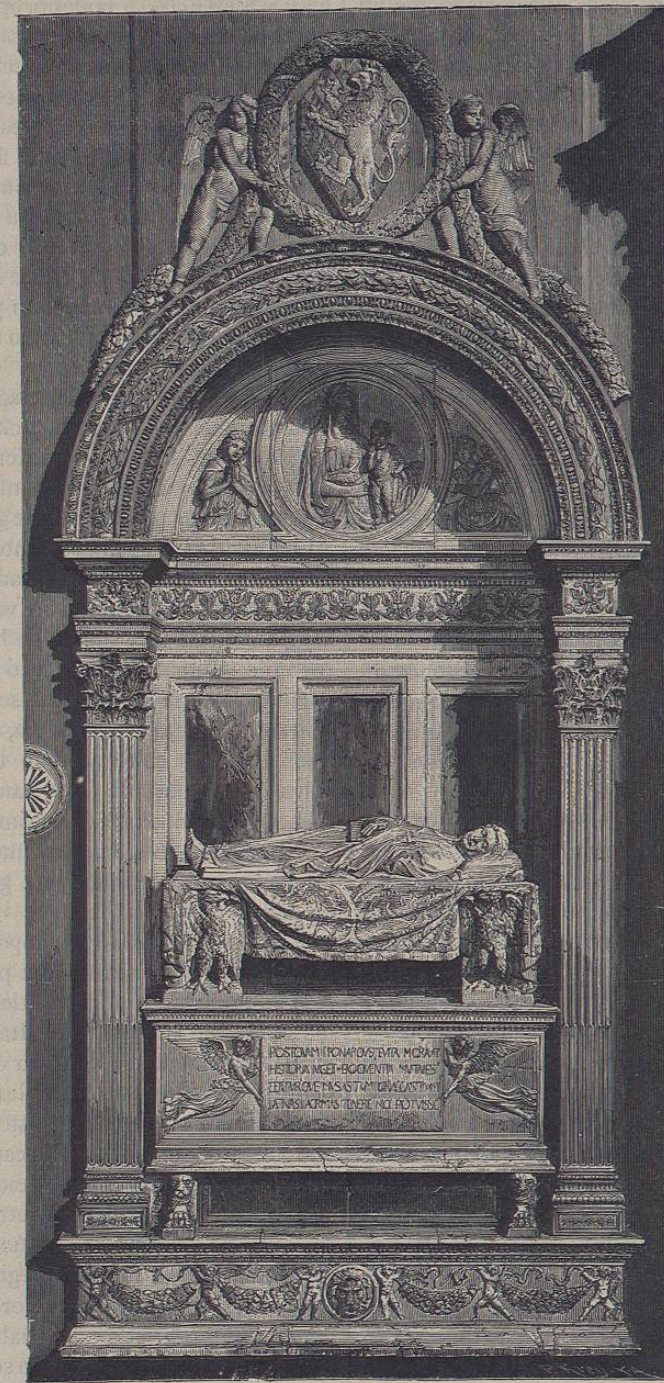
capaba un pasaje de un autor latino profano. Tradujo, cediendo á instancias de amigos, la obra profana griega de Diógenes Laercio, no sin muchos suspiros por la herejía que á su juicio podía cometer con este trabajo, si bien por otro lado se tranquilizaba diciéndose que era una obra moral y útil á los eclesiásticos y halagándose en secreto con la idea de que este trabajo le colocaría á la altura de los principales humanistas seculares de su época.

El extremo opuesto en materia de religion é indecision está representado por otra notabilidad literaria de aquel

tiempo, Cárlos Marsuppini, llamado tambien Cárlos el Areentino, por ser natural de Arezzo, patria de tantos varones célebres. Había nacido en el año 1399 y murió el 24 de abril de 1463, sin recibir los últimos sacramentos, porque fué toda su vida libre-pensador y enemigo incrédulo de la religion; lo cual, sin embargo, no le enagenó las simpatías de sus contemporáneos ni impidió que se le hiciera un entierro cristiano y se le erigiera un sepulchro magnífico en la iglesia de Santa Cruz de Florencia. Para él no existían mas autores que los antiguos, griegos y latinos, á los cuales, valiéndose de

su extraordinaria memoria, sabía citar de una manera que asombraba á todos cuantos le oían y conocían. Fué canciller de la ciudad de Florencia y catedrático de su universidad, y en ambos cargos adquirió gran nombradía y supo ganar el afecto de todo el mundo. Su fama como conocedor del griego fué tan grande que el papa Nicolas V le llamó á Roma y le encargó la traducción de Homero; pero Marsuppini no

quiso ir á Roma, y de Homero solo tradujo fragmentos. A todo su vasto saber, talento y fama, reunió una modestia y lealtad raras, respetando á los grandes hombres de talento de la antigüedad como á los de su tiempo. Niccoli, del cual hemos hablado ya, era para él una autoridad infalible y el mas leal entre los leales y adictos á la casa de los Médicis. Acompañó á los dos hermanos Cosme y Lorenzo de Médicis al des-



Sepulchro de Leonardo de Vinci en Santa Cruz de Florencia, labrado por Antonio Rosellino (1409-1490)

tiempo, porque Marsuppini tenía en política como en religion el valor de sus convicciones.

Leonardo Bruni tambien era hijo de Arezzo, donde había nacido en el año 1369. Adquirió grandísima celebridad, como luego veremos, y murió el 9 de marzo de 1444. Marsuppini, su paisano, pronunció en su entierro el elogio fúnebre. Considerábase Bruni inferior á su otro gran paisano Petrarca, á quien había conocido cuando niño y cuyo mérito no cesó de proclamar cuando hombre, pero tenía una ventaja sobre el

cantor de Laura, á saber, la posesion del idioma griego, que aprendió, bastante joven todavía, de un griego instruidísimo llamado Manuel Crisoloras, el cual, ganoso de enseñar su idioma patrio á extranjeros inteligentes, había sido llamado para este objeto, en 1396, á Florencia, á instancias de dos florentinos, Roberto Rossi y Jaime de Angelo de Scarpria, partidarios entusiastas de la antigüedad. Hoy no comprendemos la alegría y casi el éxtasis que causó la llegada de este profesor, á quien Bruni llama «profesor divino, maestro